

tiempo. «Novelas, siempre novelas y de 250 a 300 páginas –escribe en noviembre de 1934–; como las situaciones y personajes son previsibles, aquello parece que se escribe solo, en la flácida colada y el letargo de una invención reblandecida. Como si las palabras no valieran nada. Es inútil seguir buscando a la ‘escritura automática’: aquí está; es la novela moderna». Sus opiniones no son menos tajantes cuando examina la obra de algunos de sus más destacados contemporáneos, como Jules Romains, o cuando comenta ciertas tendencias de la novelística hispanoamericana. Así, a propósito de *La Guaricha* del venezolano Julián Padrón, apunta ese mismo año: «En cuanto dejan de contemplar fijamente un espectáculo concreto cuya descripción los ocupa por entero, los prosistas de América del Sur caen en esa vaguedad abstracta, en ese lenguaje ‘gaseoso’ que le retira toda substancia hasta a la palabra pared». Padrón no es, sin embargo, el único de los novelistas nuestros que Larbaud lee y critica en esta sección de su diario. También examina las obras de Icaza, Julio Bernácer y Humberto Tejera, entre otros, y consigna al margen un buen número de notas filológicas, históricas y lingüísticas sobre las literaturas hispánicas. Tanta dedicación –tanta pasión– viene a confirmar algo que nosotros –españoles e hispanoamericanos– aún no acabamos de reconocer: nuestra inmensa deuda para con «nuestro amigo Valerio», como lo llamaba Alfonso Reyes. Durante más de treinta años, este hombre fue, sin lugar a dudas, el primero y principal *passer* de la literatura de lengua española en Francia, el escritor al que se debe, en gran medida, la fortuna gala de Gómez de la Serna, Asturias, Güiraldes, Reyes y, por supuesto, Borges. Es una lástima que el destino no le haya permitido preparar una edición de sus ensayos sobre nuestros autores, un *Domaine hispanique* que habría venido a sumarse a su *Domaine anglais* y a su *Domaine français*, y que hubiera dado la justa medida del interés de Larbaud por una lengua y por una literatura que lo acompañaron desde la infancia y a las que siempre supo ser fiel, como lo demuestran sus textos y sus amistades literarias.

El cuaderno de los años 1934-35 revela otras facetas del Larbaud *passer*: a saber, el celo con que revisa sus prólogos y traducciones de obras extranjeras, y la generosa entrega a la defensa y a la promoción de sus «raros», de esas figuras literarias un tanto excéntricas y marginales que, gracias a su labor, llegaron a ser conocidas. Como testimonio de estas campañas, el diarista anota las diversas cenas y conversaciones que preparan la aparición los *Carnets* de Samuel Butler y la publicación de su artículo sobre Dondey de Santeny en la *Revue de Paris*. Varias jornadas se consagran además a los nuevos autores que han de formar parte de la segunda edición del *Domaine anglais*. Pero todo este trabajo incesante en la esfera

de lo que él llamaba «el orden sacerdotal» –el oficio literario– se inscribe ahora, con la edición integral del cuaderno, sobre el telón de fondo cotidiano que constituyen la enfermedad y los problemas de salud del autor. De hecho, las citas con el doctor Vercoustre en el barrio de Monceau constituyen, de un modo casi sistemático, el eje central de los paseos parisinos. Larbaud anota religiosamente la fecha y la hora de las inyecciones que el médico le prescribe, sigue con inquietud creciente las alteraciones de su tensión y la repetición de sus noches sin sueño. Su dinamismo en esos meses que preceden el ataque de hemiplejía es, como él mismo confiesa, «el índice de una voluntad en lucha contra la fatiga». Larbaud lee y escribe en una afirmación continua de la vida que se le escapa y que, sin embargo, no deja de celebrar día tras día aún en sus más nimios detalles: la luz de una tarde de otoño junto al Panteón, el rostro de una paseante desconocida en el Barrio Latino o los uniformes de los nuevos soldados de plomo que se incorporan a su colección. Quizá la imagen más hermosa que nos legan estas páginas es la de un hombre que, ante el dolor, la enfermedad y la muerte, siguió siendo fiel a su búsqueda de la felicidad y al espíritu que desde siempre la animó: el de un *riche amateur*. Larbaud –¿o acaso Barnabooth?– lo definen en una nota de enero de 1935 como «una cierta amplitud de miras y de horizontes ante las circunstancias y el dinero, una cierta despreocupación ante el mañana y la costumbre inveterada de preferir siempre el placer...». Bella lección de ética literaria cuyo reverso es la aversión profunda de Larbaud por el escritor profesional y, de un modo más amplio, por la profesionalización del oficio de escribir. Su hedonismo no fue, en este sentido, un capricho elitesco sino la afirmación de una libertad que le hacía concebir la literatura como un territorio ganado a la vanidad individual y a las convenciones sociales. Es inútil conjeturar qué hubiese podido escribir aún, qué hubiese podido traducir o publicar si no hubiera sufrido el ataque de hemiplejía que ya se anuncia oscuramente en estos meses del invierno de 1935. Lo esencial es que nos haya legado la obra que conocemos y la actitud que la sostiene a lo largo de su vida. Leer, escribir, traducir, publicar libros o hacer que se editen los de aquéllos que admiramos nunca fue, para él, una carrera sino una aventura: un sino rebelde y apasionante que le llevó, de descubrimiento en descubrimiento, a inventar una forma abierta y gozosa de ejercer el sacerdocio de las letras.